

La gran pregunta de la vida

«... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10)

¿Para qué vino Jesús a este mundo? Su respuesta se da en este versículo: Él vino para que las personas tengan vida.

En 1º Reyes 20 se encuentra una pregunta importante que puede aplicarse a la vida. El contexto es el de una guerra entre el reino norteño del pueblo de Dios, Israel, y Siria. Esta nación parecía estar ganando la guerra, y todo parecía indicar que lo único que podía esperar Israel era la derrota. Entonces un profeta vino al rey Acab de Israel, y dijo a este: «Así ha dicho Jehová: ¿Has visto esta gran multitud? He aquí yo te la entregaré hoy en tu mano, para que conozcas que yo soy Jehová» (1º Reyes 20.13). Esto fue lo que Acab dijo: «¿Por mano de quién?». El profeta respondió: «Por mano de los siervos de los príncipes de las provincias». Acab respondió: «¿Quién comenzará la batalla?», y el profeta respondió: «Tú» (1º Reyes 20.14).

Acab hizo la pregunta «¿Quién comenzará la batalla?». La pregunta varía de matices en las diferentes traducciones de la Biblia. La pregunta es «¿Quién estará al mando de la batalla?» o «¿Quién dará la orden en la batalla?». Pero, en realidad, cada traducción da a entender lo mismo. El profeta debe de haber fijado sus ojos en el inicuo rey Acab, y haber dicho: «¡Tú! Tú estarás al mando de la batalla».

La misma pregunta se le presenta a toda persona que trata de vivir una vida abundante. La primera vez que el estudiante universitario se ve lejos de casa por un largo período de tiempo, se da cuenta de que es él quien debe estar al mando de la batalla. Un joven que se encuentra haciendo el servicio militar, y que está lejos de todos los que ha conocido y amado, observa que es él quien tiene que estar al mando de la batalla. Siempre

es la misma respuesta: «¡Tú!».

Esto no significa que todo aspecto de nuestras vidas está bajo nuestro mando, pues mucho de lo que sucede escapa a nuestro control. No controlamos los elementos atmosféricos, ni el ambiente, ni las acciones de los demás.

Recientemente, mientras pensaba en el comienzo de un ciclo universitario, recordé a un joven que asistía al David Lipscomb College, al mismo tiempo que yo. Lo tenía todo. Era bien parecido y brillante. Había renunciado a una beca para estudiar en la Yale University para asistir al David Lipscomb College. Era un excelente orador y ganó el concurso de oratoria del Día del Fundador. Aun recuerdo esta imagen: el muchacho más apuesto del campus caminando al lado de la muchacha más linda por los pasillos del antiguo edificio Burton. El hecho es que, no llegó a ser uno de los más grandes predicadores de nuestra generación. Una noche, no muchos años después, su hermosa y joven esposa lo dejó por otro hombre. Aunque hizo algo de enseñanza y de predicación, ahora padece de Alzheimer y está confinado en una enfermería. Tiene la misma edad mía, pero prácticamente su vida ha acabado.

No podemos controlar todo aspecto de la vida. Ninguno de nosotros sería tan ingenuo y tan desconectado de la realidad como para creer que podemos estar al mando de toda batalla. Sin embargo, hay algunos aspectos de la vida de los cuales sí podemos estar al mando, y en la medida que lo hagamos, tendremos vidas abundantes. La pregunta de Acab fue «¿Quién comenzará la batalla?», y la respuesta que el profeta le dio fue «Tú».

NUESTROS RELOJES

El reloj es algo de lo cual podemos estar al mando. No me refiero, por supuesto, a que

lo podemos devolver y menos a que podemos detener el avance del tiempo. Albert Einstein decía que una de las cosas extrañas que no comprendemos, es esta: «Si para el hombre fuera posible salir al espacio y trasladarse a una velocidad extraordinaria, no envejecería tan rápidamente». Lo que el famoso científico estaba diciendo era que si un astronauta viajara por el espacio en una nave espacial, avanzando a una velocidad extraordinaria, cuando volviera a la tierra, no habría envejecido tanto como los que hubiéramos quedado en tierra. No sabemos si esto es cierto. Lo que sí sabemos es que mientras estamos en esta tierra, todos envejecemos.

Pero sí podemos controlar el reloj hasta cierto punto. Podemos decidir cómo usaremos nuestro tiempo: cuánto tiempo trabajaremos y cuánto tiempo nos preocuparemos, cuánto tiempo oraremos y cuánto tiempo jugaremos. Esta es una batalla de la cual estamos al mando.

La palabra «tiempo» aparece 535 veces en la versión King James de la Biblia. A modo de ejemplo, leemos: «... conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño» (Romanos 13.11); «... aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Efesios 5.16); «Recuerda cuán breve es mi tiempo» (Salmos 89.47). ¡Cuán necesario es que todos nos resolvamos en cuanto al uso que le damos al tiempo hoy!

Si uno se pasa el tiempo persiguiendo objetivos necios y perjudiciales, tendrá una vida llena de frustraciones. Si se pasa el tiempo en actividades completamente egoístas, la vida no tendrá ninguna importancia.

La mayoría de los domingos por la mañana, vengo al edificio dos veces: la primera para realizar una tempranera transmisión radial, y la segunda para participar en la clase y en el culto. Es raro el domingo por la mañana que yo no vea hombres que se disponen a realizar alguna actividad deportiva: los delata un bote o un carrito de golf que llevan enganchados a su automóvil. Además del hecho de que es el Día del Señor, y de que es pecado dejar de congregarse con el pueblo de Dios, me empiezo a hacer preguntas en cuanto a las familias de estos hombres. ¿Cuántos habrán dejado esposas pasando el día solas con los hijos? Mientras los hombres dedican tiempo egoístamente a sí mismos y a la diversión bajo sol, las esposas se las ven con los bebés, preparan solas el desayuno, alistan solas a los niños, van solas al culto y tienen que pasar solas todas las horas de la tarde.

«¿Quién estará al mando de la batalla?»,

preguntó Acab. La respuesta fue: «Tú estarás al mando de la batalla». Podemos estar al mando de nuestros relojes.

NUESTROS CONTACTOS

Podemos estar al mando de nuestros contactos hasta cierto punto. Decidiremos la clase de personas con quienes nos vamos a relacionar. A Acab se le presenta como el rey más inicuo en mil años. Su esposa era Jezabel, y las Escrituras dicen que esta lo provocó a hacer lo malo. Una extraña amistad se cultivó durante su vida. Nadie entiende cómo llegó a suceder. Uno puede leer la Biblia mil veces y, tal vez, jamás entender por qué estos dos llegaron a ser amigos. Uno de ellos era Josafat, el rey de Judá, que era un buen hombre. La Biblia dice que buscó al Dios de su padre (2° Crónicas 17.4) y que le producía mucho gozo andar en los caminos del Señor (2° Crónicas 17.6). Sin embargo, en sus primeros años como rey, cuando iba a pelear contra Ramot de Galaad, con Acab, rey de Israel, le salió al encuentro un profeta después de haber estado con Acab, y le dijo: «¿Al impío das ayudas, y amas a los que aborrecen a Jehová?» (2° Crónicas 19.2). Bastante fuerte la pregunta que se le planteó a Josafat ¿verdad? Pero inexplicablemente a Josafat ya no se le podía hacer volver, y su amistad con Acab pareció seguir por toda una vida. Cuando Acab murió, Josafat estaba al lado de él en la batalla.

¿Cuál fue el resultado de todo esto? Joram, el hijo de Josafat el rey bueno, se casó con Atalía, la hija de Acab el rey malo y de la reina Jezabel. Atalía in-fluenció tanto al hijo de Josafat que cuando este sucedió a su padre en el trono, lo primero que hizo fue matar a sus seis hermanos. La Biblia dice que cuando murió, «no encendieron fuego en su honor», esto es, nadie se lamentó de su partida (2° Crónicas 21.20). Era tan malo que cuando murió, ni una sola lágrima se derramó por su muerte. Poco después de la muerte de Joram, Atalía llegó a ser la reina. Esta reinó durante ocho años. Si no hubiera sido por la intervención de Dios para salvar a un niño, ella habría destruido a todo descendiente varón de David.

¿Cómo llegó a suceder todo esto? Un buen hombre, Josafat, entabló amistad con un hombre muy malo, Acab. Este arruinó a sus hijos, a su familia y a su nación.

Dios dijo: «Aborrecí la reunión de los malignos, y con los impíos nunca me senté» (Salmos 26.5). «Mis ojos pondré en los fieles de la tierra, para que estén conmigo» (Salmos 101.6). Podemos decidir si pasaremos los días y las noches de

nuestras vidas con aquellos que, como Acab y Jezabel, no tienen amor por Dios.

NUESTROS CONCEPTOS

Estamos al mando de nuestros conceptos, esto es, de nuestras ideas: «Porque cual es su pensamiento [del hombre] en su corazón, tal es él» (Proverbios 23.7). El problema con este mundo, por supuesto, radica en los pensamientos que pensamos. Cuando Pablo razonó en Romanos 1 acerca de lo que le había sucedido al Imperio Romano, él dijo: «Dios los entregó a una mente reprobada» (vers.º 28). Lo que estaba mal con el Imperio Romano, dijo él, era que sus pensamientos estaban confundidos.

En 2ª Corintios 4.4, Pablo dijo: «... en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos». ¿Por qué no cree la gente? La razón por la cual la gente no cree reside en lo que piensa. El dios de este mundo ha cegado el entendimiento.

Tuve la maravillosa oportunidad de observar los restos y hallazgos relacionados con el sepulcro del rey Tutankamón en Egipto. Recuerdo su tocado: oro macizo. Alrededor de la cabeza hay dos objetos: una cobra y un buitre. No es de esperar que se vea una cobra y un buitre alrededor de la cabeza de un faraón. La razón para este adorno reside en que la antigua civilización egipcia sabía, como sabemos nosotros, que lo que destruye a una persona son sus pensamientos. La idea era que la cobra alejaría los malos pensamientos para que no entraran en la cabeza del faraón. El buitre se comería cualquier pensamiento corrupto antes de que entrara en la mente del faraón. Si ponemos basura en nuestras mentes, el resultado es que viviremos una vida tipo basura.

Nadie conoce la solución a nuestro problema de la basura. Staten Island, una isla que está al otro lado de la bahía, viniendo de Manhattan, New York, es el vertedero de basura más grande del mundo. Son miles las toneladas de basura que se llevan cada día a Staten Island. Una montaña de 330 metros de altura se observa desde una gran distancia. Sin embargo, algo peor que la basura que se deposita en nuestras calles y ciudades, es la basura de nuestras mentes. Aquello que pensamos es lo que somos. Si damos cabida a pensamientos inmorales, seremos personas inmorales; si damos cabida a pensamientos depresivos, seremos personas deprimidas.

La gente se quedó estupefacta al oír de la atrocidad cometida en el Warner Park, de Nashville, Tennessee. Una joven fue asesinada. La joven

era graduada del David Lipscomb College y era aparentemente una excelente muchacha cristiana. Cómo puede un hombre asesinar a una joven cristiana tan hermosa, es algo que desafía todo lo que es decente y bueno. La respuesta ha de hallarse en los pensamientos del asesino.

Cuando alguien conduce por las calles pensando en tener relaciones sexuales, cuando alguien da cabida a pensamientos deprimentes acerca del dinero, cuando alguien piensa en cosas que son viles, groseras y crueles, se sorprenderá uno de estos días de las profundidades a las cuales podrá descender.

NUESTROS COMPROMISOS

Podemos estar al mando de nuestros compromisos, las cosas a las cuales dedicamos nuestras vidas: nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestras fuerzas. Es tan fácil ir por la vida entregándonos con todas las fuerzas a muchas causas que no tienen mayor trascendencia.

A mediados del siglo diecinueve, la reina Victoria realizó una exposición llamada «Las obras de la industria» en el Hyde Park de Londres. Recién se había inventado el uso del vapor. Por todo lado que se pusiera la mirada en el Hyde Park, se observaban máquinas a vapor, palas a vapor, cañones a vapor y órganos a vapor. La máquina que ganó el primer premio tenía siete mil piezas. Era accionada por el vapor y tenía poleas, campanas y silbatos. Sin embargo, los que dieron seguimiento a la historia dijeron que ningún uso se encontró para la máquina. Todo el mundo se maravilló de ella, y todo el mundo habló de ella, pero nadie encontró uso para ella.

La vida puede ser así. Yo puedo entregarme a todo lo que está sucediendo en el mundo y que hace ruido. Puedo emocionarme de todo lo que está sucediendo en la comunidad, excepto de lo único que tiene trascendencia eterna. Pablo dijo: «Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Efesios 3.14). ¿A qué estaba dedicado Pablo? ¿Cuál era su causa? Era la causa de Jesucristo.

Puedo controlar mis compromisos en la vida, o puedo omitir aquello con lo cual Dios está comprometido. Espero que usted esté invirtiendo su vida en algo más que casas, tierras y cosas que caerán como terrones de tierra sobre su cuerpo cuando usted muera. ¿Está usted invirtiendo en algo que tendrá trascendencia eterna?

Hace algunos años, murió un hombre de Tennessee. Tenía algunos parientes; sin embargo, dejó la totalidad de su patrimonio, \$270,000,

al gobierno federal con instrucciones de usarlo para pagar nuestra deuda pública. Por supuesto que debe preocuparnos la deuda pública, y nos preguntamos qué van a decir nuestros bisnietos, acerca de una generación de estadounidenses que vivieron del dinero de ellos de la forma como hemos vivido. No es mi intención ser poco patriota, pero me pregunto qué opinión le merecerá a Dios que al morir le dejemos a este mundo todo lo que tenemos y no contribuyamos un solo centavo a la obra por la cual Jesús murió.

A manera de contraste, hace algunos años, una explosión ocurrió en un almacén en San José, California. Elmer James, un miembro de la iglesia de Cristo, fue lesionado en el accidente. Fue una explosión trágica que mató a varias personas. Elmer James salió hecho pedazos. Ambas piernas tenían fracturas compuestas. Sus brazos, sus costillas y su rostro estaban hechos añicos como un espejo quebrado. Elmer había estado deseando comenzar una nueva congregación en un sector en crecimiento de San José. No tenía idea de cómo iba a obtener los fondos. Cuando le llegó la noticia de que recibiría una consider-

able demanda de seguro, Elmer decidió usar los fondos del seguro para construir un edificio para la iglesia. Dos días antes de que el nuevo local de reuniones abriera sus puertas en San José, Elmer James pasó a la eternidad.

Todo el asunto tiene que ver con compromiso. Siempre hay diez mil cosas que hacer, mil lugares a los cuales ir, miles de cosas que piden nuestro dinero, miles de cosas que desean nuestro tiempo, y miles de cosas que exigen nuestras energías, pero nosotros controlamos nuestros compromisos.

CONCLUSIÓN

Si uno ha de tener una vida abundante, deberá ponerse al mando de su reloj, sus contactos, sus conceptos y sus compromisos. Si no lo hace, vivirá una vida totalmente fuera de control. Nosotros estamos al mando de la batalla.

¿Desea usted darle a Jesucristo el puesto de comandante en jefe? El poder para estar al mando de la batalla se deriva del poder de Jesucristo. Cualesquiera victorias que ganemos son victorias que se producen por la gracia y las fuerzas de nuestro Señor Jesús.

Autor: Paul Rogers
© Copyright 2008 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados